

cheria, que no entrassen en la batalla, que havian de dar el dia siguiente; porque havian de vencer los Nuestrros, y que lo mas acertado era, que admitiesfen à los Padres, y se hiziesfen Christianos, añadiendoles, que ya veian, y oían como el Cielo les ayudava con sus mosquetes, y pedreros. Algunos dieron credito à la Adivinadora: nombre, que le dieron los Nuestrros, quando supieron esta historia; y se escusaron de ir à pelear, por el temor, que les causaron tan fatales pronosticos. Solo el Governador se hallava lejos de la desconfianza; pero movido de los requirimientos, que le hizieron los Capitanes, despachó aquella noche espías, escogiendo tres, ò quatro Indios de los mas fieles, para que se acercassen, sin descuidar de su seguridad, à Coaxata, y procurassen rastrear el animo, en que se hallavan los Nayeres. Dispuso tambien, que llevassen los Indios amigos por divisa coronas de palma por las muchas, que hai en Peyotan, para que en caso de rompimiento, si se mezclassen con los Infieles, como sucedió, no les ofendieran los Nuestrros, previniendo assimismo, que se acercassen los cavallos, para que estuviesse todo pronto el dia siguiente para la marcha.

CAPITULO XV.

ACOMETEN LOS BARBAROS

alevosamente à nuestro Exercito, y queda por el Campo Catholico la Victoria.

A Maneció sereno el dia veinte de Octubre del año mil setecientos, y veinte, y uno. Despues de haver celebrado los Padres el Santo Sacrificio de la Missa, à que assistieron todos los Soldados, y comulgaron no pocos, se ordenó la Tropa; dividióse en dos

dos Trozos la Cavalleria; se dió la Banguardia à los Soldados reclutados en Zacatécas con su Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion; la Retaguardia se encargó à los que se alistaron en la Villa de Xeréz con su Capitán Don Alonso Reina, y Narvaez, autorizandola con su presencia el Señor Governador, y los dos Padres Missioneros. Las Tropas de los Indios amigos, que era nuestra Infantería, se distribuyeron de manera, que guarneciesfen los costados de la Banguardia, y Retaguardia. Este orden se observó solo en el camino; porque quando acometieron los Barbaros, le perdieron todos, y no hubo otras reglas de Milicia, que atender cada uno à defenderse, ò à poner en salvo su Persona. Luego que comenzó la marcha con los primeros clamores del clarín, se rezaron en voz alta las Letanías de nuestra Señora, y otras devotas oraciones, concluyendo con el *Alabado*, que compuso, y entonó el Padre Antonio Arias, repitiendo todo el Exercito lo mismo, que cantava aquel zeloso Missionero.

Apenas havian pagado este devoto tributo tan devido à la piedad Catholica, reconocieron desde luego las primicias de la grande cosecha, que con el favor de Dios esperavan en aquella Sierra, y las primeras esperanzas de esta nueva Iglesia; porque llegando al P. Antonio Arias un Nayar de los Principales, que havian venido al Real al amanecer, le preguntó, si los Soldados eran valientes, y à que numero llegarían con los Indios amigos? Y haviendole respondido con su mucha discrecion aquel sabio fervoroso Jesuíta con el artificio, que pedían las circunstancias de tan in-tempestiva pregunta, luego se allegó al Señor Governador, y le dixo: que él no podia assegurar el buen animo de sus Paisanos, pero que por sí, y en nombre de todos los de su Rancheria se ofrecia, no solo como leal vassallo de su Magestad à servirle, sino à formar Pueblo con los suyos, añadiendo, que

todos con *Cacaloxuchit* deudo suyo, y vezino nuestro, y los que le reconocian por Superior deseavan reducirse al gremio de la Iglesia; que en nombre de aquel tan autorizado Indio venia el que le acompañava, señalando à otro Nayar, que estava à su lado; y que desde luego se agregarian, como lo hizieron, à nuestro Campo; mas que suplicava à su Señoría, tuviesse à bien, que él, y su compañero no baxassen al puesto, donde los Infieles aguardavan para el Congreso. Llamavase este buen Indio D. Domingo de Luna; y aunque era natural de quella Sierra, era ya Cristiano, y havia sido bautizado con un hermano suyo nombrado Estevan, siendo aun niños entrambos en Guazamota; pero tuvo la desgracia, que otros muchos, que se bautizaron, de bolver à vivir entre Idolatras en la escuela del error. Desde este punto dió este honrado Indio siempre continuadas pruebas de su fidelidad, hasta que por su constancia en el servicio de Dios, y del Rey perdió la vida, como en su lugar veremos.

Con este informe empezaron los Nuestrós à sospechar, y despues sobreviniendo nuevos rezelos, crecieron, y se aumentaron de suerte, que se vió claramente la traicion alevosa de los Nayeritas; porque bolviendo las espías, que se havian enviado la noche antecedente, dixeron, que por lo que havian observado, estaban sin duda de mal animo aquellos Barbaros. Con esta noticia, y con su observacion, de que el conducirles por el camino mas doblado, havia sido, para que llegassen, como lo lograron, los cavallos destroncados, mandó el Señor Governador hazer alto, y llamar à los hijos de Don Alonso, que les guiavan, para examinarles, y colegir de sus respuestas, si se devia dar oídos al rezelo: diligencia, que devia haver precedido en el Real, antes de moverse el Exercito. Y otro, que fuera mas advertido, huviera dexado en Peyotan à uno de los dos en Reenes de

la

la propria seguridad: vino luego à la presencia del Governador, el que se llamava Estevan hijo de Padre, à quien era mui parecido en la destreza de fingir, y en el arte de diffimular.

Todos conocieron en la palidez de su rostro el grave mal, que escondia en su fementido pecho, pero el Governador, y los Capitanes, que solo atendian à lo que dezia, parece, que no quisieron observar los malos indicantes, que se les entravan por los ojos. Habló con grande energia sobre la fidelidad de sus Paisanos prontos siempre à corresponden al especial amor, que su Señoría les tenia: estas palabras, que supo colorear, y vestir la lisonja, bastaron, para que se diese luego orden de proseguir la marcha. Mas habiendo llegado à poca distancia à un estrecho puerto entre dos cerros, mandó el Señor Governador, que quedasse una Esquadra de Soldados Españoles con algunos Indios amigos, para assegurar este passo en caso, que fuesse necessario el retirarse. Y sabiendo à este tiempo, que se havian desaparecido los Indios de Tenzompa, y de San Christoval, que venian en la Retaguardia, ordenó, que se fuesse con especial cuidado. Passado el puerto, descubrieron à algunos Nayeres, que se dexavan ver en un collado inmediato à Teaurite, cuyo corto numero apenas aumentó el rezelo; pero à poco andar se reconoció, que estaban coronadas de Indios las cumbres todas de los cerros; y no era aun el mayor numero; porque los mas se havian emboscado en un barranco de un riochuelo, que corre besando los pies à los montecillos de Teaurite, y en uno inmediato, que ya ocupava nuestro Campo, para baxar à la estrechura, de que ya se havian apoderado, para cerrar el circulo, y sitiar el Exercito por todas partes. Entre los que se descubrian en la eminencia, conocieron algunos al *Tonati* acompañado de algunos suyos, y de muchos de los Pueblos Christianos.

Estan-

Estando ya, para baxar, ordenó el Señor Governador, que en aquel alto quedassen algunas de nuestras Esquadras con otras de Indios flecheros, que fué el remedio, para que no les cerráran el passo, como havian dispuesto los enemigos: mandó luego el Capitán, que comandava la Banguardia al clarinero, que tocasse; y parece lo dispuso Dios assi con su amorosa providencia; porque fué causa de descubrir la primera emboscada; pues apenas resonó el clarin, hizo el eco un descompassado, y pavoroso alarido, à que correspondió una ruidosa continuada griteria de los que estaban en el barranco, y en las cumbres de los cerros. Este no previsto accidente con el aviso, de que los hijos de Don Alonso no parecian en nuestro Campo, por haverse passado à los suyos, introduxo en los pechos de nuestros Soldados no poco susto; marchavan con mas cuidado, aunque despechados por la orden, que se les dió al parecer poco cuerda, mandandoles pena de la vida, que ni metiessen mano à las armas, ni aun sacassen de las fundas las escopetas, hasta que los Indios rompiesen la guerra.

Ya les fué forzoso à los Nuestrros, para salir de aquellos estrechos, baxar à Teaurite, à ver de una vez la cara al enemigo, ya que tantas la havian visto al defengaño; porque todos conocian, que ya era inexcusable la batalla, estando tan armados los Indios. El plan, donde les aguardavan los Nayeres, era tambien mui montuoso, y ofrecia limpio, y despejado tan poco espacio, que si no se huvieran dexado algunas Esquadras, para guardar los puestos arriesgados, no cupieran alli nuestros Soldados; y aun faltando tantos, fué necesario para pelear, que desmontassen muchos de sus cavallos, quando llegó el caso de defenderse. En aquel Campo de batalla esperaba el Viejo Don Alonso con el brazo ya desnudo con una adarga en la mano izquierda, y con el alfange en la cinta, procurando ocultar el arco, en que ya tenia puesta su flecha,

Y

y el carcax al hombro, en que guardava la abundante provision de otras muchas. Acompañavale pocos Indios; porque aunque havia una mui numerosa muchedumbre, estaban emboscados en parte, de donde pudieran ver lo que los Nuestrros assimismo reparavan; y era, que un Indio mozo hasta de treinta años, haviendo ya enarcado, dava continuos saltos, apuntando, y amenazando con la flecha, que tenia pronta, y fixa en la cuerda del arco, ya à unos, ya à otros de los Soldados.

Todos se mantuvieron en sus cavallos, menos los Padres, que desmontando ligeros, se fueron à pié à abrazar à Don Alonso, como lo hizieron, assegurandole, que todos venian de paz, y procurando con las caricias, con la razon, y hasta con los ruegos bolverle à camino; pero él, sin darles respuesta, solo les fixó los ojos con ademanes de admirado, estrañando à caso el arrojó, y poco rezelo, con que se pusieron en sus manos: viendo su obstinacion, otra vez montaron à cavallo, y repararon assimismo los ademanes del Indio, que aun perseverava, sin parar en sus movimientos, en sus amenazas, y amágos: ya se levantava en el aire, ya se tirava hasta la tierra, sin cesar de hablar, y alentar à los suyos, asegurandoles el vencimiento con dezirles, que ya los Venados estavam cogidos en el cerco, y que antes de declinar el Sol, no havia de quedar Español vivo. Lo davan todos por tan hecho, que no havian retirado sus caudales, los que vivian en Teaurite, ni à sus mugeres, è hijos permitieron, que se alejassen mucho.

Todos tenian puestos los ojos en este Indio: los Nuestrros, porque cada uno temia ser el blanco de su tiro; y los suyos, porque era el que havia de darles la señal, para que à un mismo tiempo acometiesen à nuestra Tropa; y era, como se vió, y supo despues, disparar à lo alto la flecha. Pausó repentinamente el Indio, y al punto salieron del bosque algunos Barba-

R

ros,

ros, que atrevidamente pedian à gritos al Governador, que les entregasse al fidelissimo Indio Don Pablo Phelipe. Y temerosos todos, hasta los Padres Misioneros, que el repentino susto obligasse à la bondad de aquel tan ingenuo Gefe à executar algun acto in-deliberado, que despues no se pudiesse enmendar con el arrepentimiento, acudieron prontamente, disuadiendole à gritos tan injusta atrevida peticion, que devia despreciar aun con enojo, ya por su piedad de Christiano, ya por la fidelidad, y obligacion de Cavallero. Reconociendo el Indio, que aun sin moverse, les tenia à todos asustados, malogrado este primer intento, discurrió, que ya se havia conseguido el principal de ocupar los passos, para impedir la retirada à nuestro Campo: con esta tan segura persuasion impelió la fatal flecha à lo alto; y al punto, levantando un formidable alarido, salieron con impetu desesperado de las breñas innumerables Barbaros, acometiendo, unos con alfanges, y otros dando la primera descarga de flechas tan tupida, que parecia un aguazero.

Luego que el Padre Antonio Arias vió venir sobre sí, y sobre los demás tan horrible tempestad, procuró prudentemente alejarse del peligro, aunque no lo consiguió; porque à quatro, ò seis passos se hallava ya un barranco profundo. Y viendo que los enemigos ivan à cerrar el passo, por donde havian entrado, desmontó del cavallo, y acertó à encontrarse con su Compañero el Padre Juan Tellez, que poco antes se le havia desaparecido; y hallandole à pié, y mal defendido de un peñasquillo, que apenas sobrefalia de la tierra, se le juntó para lograr aquella tan pequeña corta defensa, que les era forzoso tirarse sobre la peña, para no quedar heridos, quando venia sobre los dos aquella inundacion de flechas. Aqui confesaron à un Soldado Español, y à un Indio amigo, que atravesado el pecho con una mui penetrante

netrante en el primer abanze, vertia no poca sangre; se reconciliaron assimismo entrambos, disponiendose para la muerte, que tenian tan cerca: solo dudavan por qué lado les vendria; porque por todas partes llovian, sucediendose unas à otras, innumerables saetas. Tenian tan inmediatos los Barbaros, que mientras se reconciliavan atentos solo à este santo Ministerio, se les acercaron dos, para cogelos à mano, y llevarselos vivos: lo huvieran logrado, à no haverles visto dos Soldados, que estavan cerca, y disparando casi à un tiempo, les obligaron à retirarse.

Peleavan ya mas animosos los Infieles; porque con la primera descarga de sus flechas, y al primer impetu de su acometimiento, rompieron, y desordenaron à nuestros Soldados, llenandoles de tan grande turbacion, que por acudir con presteza al espanto del enemigo con el ruido de los arcabuzes, no atendieron à valerse de la punteria, para acertar el tiro; pero advirtiendole las maravillas, con que el Cielo favorecia la justicia de su causa, se recobraron con tanto aliento, para pelear, que no solo se mostraron mas valerosos, sino mas certeros los que mantenian el Campo; porque notaron con gran consuelo, y no menor admiracion, que fueron mui pocos los heridos en la primera embestida, y todos ligeramente, y que no teniendo nuestros Soldados otra arma defensiva, para resistir, que la casaca de paño sobre sus camisas, caían à sus pies las flechas rechazadas de la debil resistencia de la ropa; que otras quedavan pendientes del vestido, ò penetrando tan poco, que apenas herian la superficie de la carne. Con estos tan manifiestos portentos ya casi no admiraron el de haver salido heridos solos nueve entre Indios amigos, y Españoles, y el de ser solo en uno la herida penetrante. Admiraron todos en esta batalla, que las mas de las flechas, ò caían al suelo, sin llegar al blanco, ò se ivan por alto sin ofender; y crecia no poco el

prodigio, por ser estos Indios tan certeros en su punteria, que aun à mayor distancia hemos visto derribar al primer tiro un real sencillo, que se les ha puesto por blanco, y dar de modo el impulso con su diestra mano, que despiden la flecha con tan violenta fuerza, que pasan de vanda à vanda à un venado.

Todo esto reconocido, y reparado desde luego, infundió à los Nuestrros tal brio, que les quitó el susto, y comenzaron à manejar con tanta destreza las armas de fuego, que hizieron titubear à los Barbaros, minorando sus Tropas por huir, unos atemorizados con el estruendo de los arcabuzes, escaparse otros, viendo en los que caían heridos, ò de las balas, ò de las flechas de nuestros amigos, el estrago, y ocuparse otros en retirar de la vista à los impossibilitados ya para la pelea por las heridas: entre estos cayó, atravesándole la garganta una saeta, un Español de dos, que peleavan entre los Nayeres, y murió dentro de pocos dias.

Los Nuestrros todos pelearon animosos; pero los que mas se señalaron en el valor, fueron el Capitán Don Alonso Reina de Narvaez, el Alférez Don Pedro Ximenez de Cañas, el Alférez reformado Don Joseph Gonzalez, el Cabo de Esquadra Antonio de la Torre, Joseph de Aro Soldado, y otro Vizcaíno llamado Don Santiago de Arbizu: los cinco primeros, habiendo desmontado de sus cavallos, mantuvieron siempre su puesto, haziendo cara al enemigo, hasta que con su fuga les dexaron el Campo: à Arbizu le vieron todos correr à cavallo con el espadin en la mano en seguimiento de los barbaros enemigos, que atemorizados de su colera, propriamente Vizcaína, davan à correr, bolviéndole las espaldas, pero no dexó de acometerles, hasta que se precipitaron en el barranco. Entre los Indios amigos se distinguieron con su grande valentía los de los Pueblos de Guajuquilla, Mesquitique, y Guazamota; y entre todos sobresalieron

ron por su valor tres Indios hermanos, llamados los Calderas, y otros cinco, de quienes uno salió mal herido: estos hizieron mas cruda guerra à los Infieles, como hasta oy los mismos contrarios lo pregonan con immortal elogio de tan valientes Campeones.

Los Nayeres al principio peleavan desesperadamente, mas disminuíanseles el valor al passo, que crecía el de los Nuestrros: solo el Indio Don Alonso no desamparó el Campo, ni el lugar, que ocupó al comenzar la batalla, sin que le derribara ninguna bala de las muchas, que le disparavan, con sola la diligencia de tirarse sobre la tierra, y levantarse con tal celeridad, que nunca pudo encontrar seguridad en el blanco la punteria: por fin à despecho de su valor se vió obligado à retirarse, y à desamparar el puesto; ò porque la sangre de sus Compañeros, que veía correr, le ahogó los brios; ò porque dispuso Dios, que aun nos quedasse esse torcedor mas, para castigar nuestros pecados. Luego que vieron los Nayeres, que aun quedavan, que Don Alonso se iba, dieron à huir precipitadamente, cessando ya el barbaro alarido, y trepando à saltos por los peñascos ocuparon las eminencias de los cerros; y aunque se mantuvieron à la vista, se pusieron fuera de tiro. Nuestrros Soldados, hallándose ya sin enemigos, se apoderaron de los despojos, que pudieron encontrar en aquella desamparada Rancheria; pusieron fuego à algunos Xacalillos, y comenzaron à celebrar con estas festivas luminarias el primer triumpho de nuestra Religion victoriosa.

Todo lo veían los Barbaros, y aunque se les añadió à este su tan funesto espectáculo el eco de los gritos, con que les provocavan los vencedores, ni respondian, ni se movian de sus lugares, siendo efecto esta turbacion de lo que ya refiero por lo que despues ellos mismos confessaron, assegurando, que estando en el mayor calor de la batalla, al formar la Cruz con la mano uno de los Padres (sería à caso la que se haze para

para dar la bendicion acostumbrada en la absolucion) se les havia obscurecido el Sol; y que los que estavan destinados à observar en las eminencias nuestras Tropas, dieron aviso à los suyos, de que nos venia un grande socorro de gente, mas en numero de la que se veia peleando. Esto, ò fuese maravillosa providencia del Cielo, para sujetarles à que abrazáran nuestra Santa Religion, ò engaño de su perturbada fantasia, bastó para apagar repentinamente su furor, para que abandonassen el Campo, y dexassen en manos de los Catholicos la Victoria, que todos atribuyeron à mas poderoso brazo, que el de nuestros Soldados; porque en obra tan sobre las fuerzas humanas, claramente reconocieron la causa superior, y los soberanos influxos del Cielo, de que maravillosamente procedia.

No pudieron, para perficionar el triumpho, seguir los Nuestrs al enemigo; y no habiendo prevenido los accidentes, no estuvieron prontas las providencias. Eran escasos los alimentos; faltavan cavallos, para mudar; y los que havian venido, estavan ya destroncados. A ninguno se le ofreció arriesgarse à nuevos peligros, sino salir con la mayor brevedad possible de aquellas estrechuras, en que les tuvieron tan manifiestos de perder la vida. Mandó el Señor Governador tocar la retirada, y buelta à Peyoran, para dar las mas prontas convenientes providencias, para impedir al enemigo, que ideasse nuevos ardidés. Y aunque, ni en el camino tropezaron con algun nuevo cuidado, ni en el Real, donde havian quedado diez Soldados, con algunos Indios amigos, para defensa de los Cuarteles, con todo ordenó aquel vigilante Gefé à los Capitanes, que mandassen à los Sargentos doblar las Guardias, y que estuviessen mui alerta, avisando prontamente qualquiera novedad, que sobreviniessé.

CA-

CAPITULO XVI.

EFFECTOS, QUE SE SIGUIERON À ESTE
primer triumpho, que lograron las
Armas Catholicas.

Quedaron tan affombrados los Nayeres à vista de la Victoria, que ran contra la superioridad de sus fuerzas consiguieron alentadas de brazo superior nuestras armas, que llegando el eco desde Teaurite à lo interior de la Sierra, comenzaron à titubear sus afucias, y à estremecerseles los corazones. Mas no faltaron algunos, aunque pocos, que trataron ya de reducirse à vista del estrago, pero casi todos permanecieron, aunque temerosos, tan obstinados, que en vez de rendirse, solo trataron de retirarse, apartando sus bienes, para assegurarles en el sitio de la Mesa del *Tonati*, donde tenia su rebeldia puesta toda su confianza, assi por lo agrio, y casi inaccessible de la subida, como por tener en aquel lugar los Templos de sus mas afamadas Deidades, esperando por esso alli mui especiales los socorros, que de ellas se prometian. El Señor Governador no se dormia en buscar los medios mas oportunos, para que todos se reduxeran al gremio de la Iglesia, y à la obediencia de nuestro Catholico Monarca. Tuvo se el dia siguiente à la batalla Consejo de Guerra, y lo primero, que se determinó, fué despachar dos Soldados, que à la posta llevassen la noticia, assi de la resistencia, como de la Victoria al Señor Marqués de Valero, y esperar sus ordenes: resolvióse tambien, que aunque no se intentasse assaltar à los enemigos arrochelados en la Mesa, se hiziesen algunas entradas à las Rancherias inmediatas.

Para